

mente india, con caudillo indio, con bandera india. Hidalgo es el germen, Madero el árbol y Carranza o Villa el fruto. El fermento puede llamarse Zapata o Lucas. Hidalgo produjo a Morelos y Morelos a Iturbide. Madero produjo a Carranza y a Villa, pero vencido Huerta, ni Villa ni Carranza producirán otro Iturbide. Si los revolucionarios nordistas fracasan, su producto se llamará Zapata o Genovevo. Carranza criollo, o Villa mestizo son los últimos con quienes podreis entenderos, señores criollos, si os queda suficiente raciocinio para medir vuestras fuerzas....

Y son pocas. El General Díaz, siguiendo servilmente las huellas del colonizador español, si no elevó al Indio, os dejó mal educados, en la vagancia, empobrecidos de energías, sin voluntad ni ideales. Ya veis que vuestro capital moral es corto. ¿A que disminuirlo aún con nuevos orozcos y ciudadelazos? Recordad al cananero maderista, aquel "porrista" militante cuya cinta tricolor en el sombrero de ala plana, os infundía un pavor que llamabais desprecio. Aprended a conocer que ese hombre ya no estará nunca sujeto y cuyo individualismo nómada, lleno de barbarie y de fiera que podeis mirar en los ojos de su cara prieta por la raza y por el sol, no soporta comparación con vuestro individualismo pálido, encogido, arruinado....

Si la Revolución, al triunfar, no se enfrenta al problema indio, reconociendo su existencia como su verdadero origen, si Carranza no borra con mano resuelta el cuadro sombrío de los medios empleados para convertir la acción del Estado en beneficio de los criollos que son los menos y no son los mejores ni los más dignos, la Revolución de actual será un fracaso puesto que no traerá ni la realización de los ideales ni el establecimiento de la paz verdadera.

"El Heraldo de Cuba" de hoy 8 de febrero de 1914.

a propósito del cuartelazo que acaba de derrocar al Presidente del Perú, publica la carta que un estadista ecuatoriano, el doctor Carlos R. Tobar dirigía en 1907 al Cónsul de Bolivia en Barcelona. Después de lamentarse de las convulsiones que agitan constantemente a las naciones centro-americanas, de la "infame camisa de fuerza que se llama militarismo" del "continuo y brutal batallar a que arrastra el ejercicio profesional de caporales cuyas inteligencias y aptitudes no van más allá de los selváticos instintos del despotismo, del robo y de la matanza", expone el siguiente proyecto, aplicado en la práctica, en estos momentos —siete años más tarde— por el gran Woodrow:

"Las repúblicas americanas, por el buen nombre y crédito de todas ellas, si no por otras consideraciones humanitarias y "altruistas" deben intervenir, siquiera mediata e indirectamente, en las disensiones internas de las Repúblicas del continente. Esta intervención pudiera ser al menos, *negándose al reconocimiento de los gobiernos de hecho, surgidos de revoluciones contra el orden constitucional*". Y después de enumerar los males que los soldadones han causado a esta infeliz América desde que hizo su independencia, protesta contra la guerra de hermanos "en que se destruyen los adelantos físicos y los progresos morales para la obtención miserable de un empleo, de una renta o de unos galones militares, menos honrosos que la cuerda en el cuello del ahorcado o en la mano del verdugo".

Los cubanos tuvieron un presidente, José Miguel Gómez. Los mexicanos sudistas tienen un presidente, Victoriano Huerta. El presidente cubano, benévolo, gran dispensador de favores, inagotable en dádivas y prebendas: el mexicano, malévolo, pero repartiendo también, entre sus amigos, el "conquistado" botín. El cubano conoce las flaquezas humanas como las conoció don Porfirio y como las conocen también todos los pro-

xenetas. Cuando un periodista le molesta, lo llama y ofreciéndole un sobre cerrado, lo invita a abrirlo y a cerrar sus labios; el mexicano, que dispone de poco dinero, llama al periodista y le dice: no puedes costarme más que algunos centavos de pólvora, recuérdalo. El cubano dice a los partidos: vénganse, para todos hay: vamos a practicar la política de rotativa": a cada cual su turno. El mexicano dice: nada de partidos: el dinero para mis generales, para mis megaterios, para mis yernos. Ambos, con los mismos fines, han derrochado el dinero a manos llenas y por eso los psicólogos de sus países los apellidaron "hombres fuertes." Gómez, benévolo, pero venal: "hombre fuerte". Huerta malévolos y ladrón: "hombre fuerte". ¿Que tienen de fuerte estos hombres? El gonzalesco Gómez, tragón y panzudo, no tiene más que esto de fuerte: su panza. El alcahólico Huerta no tiene más que esto de fuerte: su hígado.

En el "Hipódromo" de Nueva York he visto hombres fuertes, de una fuerza digna de elefantes. También he visto elefantes y monos realizar actos de razón y de destreza que muchos hombres serían incapaces de ejecutar. El circo, dice "Cráter," rebaja a los hombres, eleva a los animales y los pone a todos en su justo nivel.

Ahora lamento no haber anotado las palabras de Poincaré sobre México. Dijo que "los pueblos hispano-americanos debieran instruirse y vigorizar su civismo para acabar con el despotismo militar, eterno enemigo de las democracias".

Hay verdades que vistas por un lado solamente, son verdades absolutas y que vistas con profundo conocimiento de causa, resultan semiverdades. Los europeos conocen a México incompletamente. El "Courrier des

Etats-Unis", uno de los pocos periódicos de los Estados Unidos adversos a la Revolución Mexicana, reproduce el artículo de un periódico alemán que dice en sustancia: "convenimos en que Huerta es un "inmoral" pero eso es precisamente lo que los mexicanos necesitan". Y este es el error "inmoral" de los extranjeros y aun de una gran parte de mexicanos. Ningún país, ni el más salvaje, necesita hombres inmorales, por la sencilla razón que un hombre inmoral no puede gobernar nunca sin perseguir, como único fin, su propio beneficio. El consejo del inteligente Poincaré es piadoso y acertado, pero aun analfabeta y sin civismo, México puede ser gobernado por hombres honrados y en todo caso, no será nunca redimido sino por ellos. Yo convengo en que hoy día México necesita un "puño de hierro", pero este puño, bien cerrado, no debe abrirse para saquear las arcas públicas. Nadie puede ahora después de la traición de febrero, desconocer la necesidad de una dictadura transitoria. El ideal se torna en locura si no se vale del sentido práctico para llegar a su fin. El maderismo fué una locura, pero una locura sublime, necesaria, útil. Si Carranza es un Madero con puño de hierro, Carranza patriota, leal, honrado, puede emplear, por bien del pueblo, procedimientos tan fuertes, pero más justos que los que se emplearon para mal de ese mismo pueblo. Los procedimientos fuertes consolidan el triunfo de las revoluciones tan matemáticamente como los actos injustos o inoportunos las conducen al desastre. Don Quijote y Sancho Panza fueron dos semi-verdades; fundidos sus espíritus en uno, darían la verdad plena. Carranza-Sancho Panza puede salvar al pueblo. Hay que poner, como dice Barrés, una chispa de ideal en todas las acciones de la vida pero es también verdad que hay que poner todo el sentido práctico posible en todas las acciones de la vida. No debe olvidarse que el sentido común, clave de toda aspiración, de todo esfuerzo, nos dice que la libertad, la independencia, no pueden mantenerse, como la paz tampoco, si no tienen por base la justicia. El perio-

dista alemán ignora que México tuvo durante quince meses un presidente "moral" y que hoy se consideraría en la plena elaboración de su felicidad futura, sin la existencia de un gran traidor, pues batido Félix, el gobierno, fuerte de su derecho, habría procedido con fuerza y confianza a la extirpación de sus enemigos ya declarados y a la resolución inmediata del problema agrario.

No le veo a Carranza las audacias e impetuosidades del hombre de combate, pero paréceme, por otra parte, que posee discreción y compostura, cualidades superiores del verdadero estadista. Quizá en esta gran figura que despunta se cumpla, como siempre, la gran ley moral de las compensaciones. De la honradez y el tacto político de nuestro actual Jefe dependen la cohesión y la unificación de las conciencias revolucionarias.

La empresa que este hombre va a acometer, espanta. Regenerar, reconstituir, sin dinero, un país empobrecido, convulso y en plena revolución no obstante! Si Carranza no tiene inteligencia, tacto y carácter a toneladas, el país está perdido, pues la obra exige ambas cosas, más, mucho más aún de lo que pudo exigirle a Madero. La inteligencia ilumina, fascina, pero el carácter domina, arrastra, ordena. Carranza hereda la inmensa representación revolucionaria del Apóstol con toda la complicación de los problemas que tiene que resolver, aunque tenga, por lo pronto, que desmoronarlos con su puño; pero con la voluntad, imposible de quebranto, de reconstituirlos, afrontarlos y resolverlos por fin. El pueblo dictador. He ahí, por ahora, lo que debe ser Carranza si cuenta con las capacidades y la fuerza requeridas.

Pero ni Carranza, ni nadie, hará nada sin la voluntad del que en México es, después de Dios, el todopoderoso: Wilson.

Wilson. He aquí el mayor servicio que México debe al cuartelazo y la Traición.

Sesión de la Cámara. (País, 26 Sep. 1913.)

Moheno y Rodolfo se atacan furiosamente. Reyes dice que al desarrollarse los acontecimientos de la decena trágica, fué presa de la desesperación y que si creyó en Madero como apóstol, nunca lo consideró como un buen gobernante.

Moheno le pregunta "dónde estaba cuando en los fosos de la ciudadela rodaron los trágicos cadáveres de don Gustavo Madero y Bassó, cuando ambos merecían el amparo de la ley y la justicia." Moheno agrega: "Revolución fué la sacrosanta que acandilló Madero, la que formó el pueblo para reconquistar sus derechos, no la de febrero, que sólo fué para satisfacer la ambición por los puestos públicos. ¡Qué va a ser revolución la de febrero!, exclama. No había en ello un sólo móvil; era el pretorianismo de los tiempos de Santa Anna que volvía a levantar su odiosa cabeza." Sólo así tiene valor la palabra de estos hombres cuando para atacarse se acusan. Cuando riñen los ladrones, descúbrese los hurtos, dice el viejo adagio castellano.

El día veinticuatro de febrero, (los presidentes fueron asesinados el 22) en Veracruz, cansado de pensar solo, me lancé a los cafés para "tomarle el pulso a la opinión". Uno de los dueños del café del Parque, codicioso ibero, había ofrecido champaña para festejar la muerte del "presidente chato". En todas las caras criollas que encontré en las aceras, se reflejaba una gran alegría. Los jarochos, estivadores ú obreros, llenos de estupor, hablaban quedo, y miraban al suelo con las pupilas cargadas de odio. Cuando me acercaba a escuchar, callaban. Penetré en todas las fondas ricas, pidiendo un café que siempre encontraba amargo. Los abarroteros, particularmente, no ocultaban su gozo. Oí comentarios horribles. En otro grupo, estaba un capitalista

de Orizaba. (Yo había visto a Madero dirigirse al pueblo en el balcón de la casa de este señor después de un soberbio banquete; Gavira lo acompañaba y el pueblo, delirante, aclamaba a su Presidente ya electo). Un joven le leía periódicos y comentaba apasionadamente. De improviso, con los ojos redondos de indignación y sorpresa, el joven exclamó colérico: "Mire usted a este papelucho yanqui. Dice que es de lamentarse el fin de Madero porque fué un Presidente humanitario. ¡Humanitario! ¡Qué brutos! ¡Madero humanitario! já, já, já!!"

El naufragio del sentido moral. Me fuí a la playa con un enorme peso en el corazón, convencido de que pronto ardería mi país en horrenda lucha de odios fijos, definidos, lucha de mentalidades opuestas, irreconciliables. La mano implacablemente justa vendría, bien pronto, a prender fuego al combustible hacinado por las injusticias de los siglos, con la conciencia de que la responsabilidad moral sólo pertenece a Dios.

No, Huerta no es el hombre, el superhombre de Nietzsche "más allá del bien y del mal", sino un vulgar borrachón, una naturaleza degradada, una inteligencia obscurecida por el vicio. No es a la edad de este hombre cuando pueden revelarse los grandes caracteres ni los grandes genios. Antes de que entre la masa de insignificantes y medianotes generales criollos, Madero lo distinguiera por su amor al tipo autóctono, antes de que lo sacara de la penumbra en que el General Díaz lo tuvo confinado tanto tiempo, ¿quién era Huerta? La obstinación de este hombre se explica por el simple hecho de que advenedizo, sin pasado alguno, se ha colocado, por obra de infame oportunismo, en un puesto que nunca soñó. Si después de haber batido al tarambana de Orozco, gracias al magnífico servicio de exploración de Villa, si a su regreso a la capital, después de esta campaña, no fué hecho ministro de la guerra, debióse tan solo a que el Presidente, aunque lo creyó fiel como un indio,

sabía que este indio acriollado tenía un vicio más peligroso que el de la embriaguez: el robo. El ladino sabe bien que aún puede sostenerse sin gran riesgo, y cada día que pasa, son algunos billetes más en su bolsillo. Y éste es todo el secreto de su "admirable resistencia al Coloso del Norte". He escrito mucho y más meditado sobre este hombre, pero después de haber hablado con aquellos de sus partidarios tan inteligentes como el ingeniero X, creo hoy que la historia no juzgará su carácter y su inteligencia de muy diferente manera que como yo lo hago en esta página. Pena y vergüenza da ver que aún hay pueblos que soportan a semejantes hombres. El nivel moral de Estrada Cabrera parece excelso comparado con el del matachin que para satisfacer sus criminales instintos en la impunidad maculó su espada con el más vil de los crímenes que puede cometer un soldado.

Huerta no ha tenido traidores, pues su ferocidad impera sobre un grupo de cobardes incapaces de audacia; pero todos los que lo rodean han traicionado a alguien. Y si no, pasadles revista. Huerta pertenece a la gran familia de los degenerados que están dentro del dominio de la patología... Por eso Urrutia, el médico, se fué corriendo. Y la carrera de los demás, en el momento de la desbandada, ya la veremos....

Un hombre que encarcela, asesina, incendia, confisca, impone contribución forzosa, expatría, obliga al pobre obrero a hacerse matar en su defensa, arrastra el decoro presidencial por los prostíbulos de la metrópoli, un hombre que se rodea de asesinos y ladrones, un hombre, en fin, que de mañana a noche viola todas las leyes escritas y no escritas, es en México, según muchos mexicanos, un hombre "enérgico" que "sabe gobernar".

El obrero Mora escapado de la leva, me inspira pie-

dad. Compadezco a los que gimen bajo el fuste y más aún a los que como él, no gimen, pero tienen los ojos ensombrecidos por una tristeza enorme. Pero desprecio a los que diciéndose hombres honrados, alegan que es necesario.... Este infeliz artesano nos trajo la verdadera impresión de la patria mexicana.... ruinas, osamentas, lágrimas y millares de hombres con un atroz odio dentro del pecho, lamentándose en las tinieblas o preparándose para derrumbarlo todo a metrallazos....

Los aristócratas de México, que tienen la vida adornada con infinidad de prejuicios y complicaciones intelectuales, los "cultos", los llamados "personas decentes" que han llegado de un salto de la semi-barbarie española al paganismo parisien sin el esprit y la elegancia, sin antes pasar por la civilización, hablan del optimismo de Madero con ese desdén pesado y vulgar de todas las almas insubstanciales, enfermas de ignorancia e hinchadas con el viento de su propia insuficiencia. No hay apóstol sin optimismo. Para merecer el purgatorio hay que aspirar al paraíso.

En Ulúa, uno de los reclusos dijo a los señores Madero, prisioneros de Huerta: "El Presidente Madero nos ofreció derribar esta prisión y aliviar nuestras penas". Este mismo preso, en cuanto supo con quienes hablaba gritó furiosamente: ¡Viva Madero! y todos los presos repitieron el mismo grito. Que la gran voz de los infelices de Ulúa traspase esos muros y lleve su eco a todos los campos de la República donde haya un oprimido o un digno!

La defensa de Veracruz contra los yanquis, fué hecha principalmente por estos desgraciados que el miedo agudo del prusiano Maass libertó antes de huir. Entre las víctimas se encontraron algunos niños de la Escuela

Naval, muchos "rayados" (presos de Ulúa) y otros individuos de la última clase social así como dos o tres españoles, pero *un solo criollo* apellidado Martínez. Las meretrices también dispararon contra el invasor.

Salvo bellísimas excepciones, nuestros jefes federales jamás se han distinguido por su honor militar ni por su espíritu de sacrificio. Los Lauro Villar, los García Peña, los Felipe Angeles, los Jiménez Castro, no abundan en los cuadros directores. En cambio, nuestros soldados, indios en su gran masa, han sido siempre admirados por el enemigo. El General Winfield Scott, conmovido ante el heroísmo de nuestros humildes indios, hizo en Jalapa, el 11 de Mayo de 1847, las siguientes declaraciones:

"El hombre más insensible se conmoverá de dolor al contemplar los campos de batalla de México, después del combate. Casi todos los muertos y muribundos levantados en el campo de batalla pertenecían a la triste clase del soldado, y RARAS VECES SE VIERON EJEMPLOS DE HONOR MILITAR EN LOS GRADOS SUPERIORES. En todas las acciones de guerra, desde Palo Alto hasta Cerro Gordo, los muertos quedaron insepultos, y los heridos abandonados a la caridad y clemencia del conquistador. Soldados que, como los mexicanos, se baten valerosamente no obstante tal recompensa, merecen ser clasificados entre los mejores del mundo, supuesto que no los estimula ni los sostiene la más remota esperanza de gloria, de una lágrima, de un recuerdo y ni siquiera de una tumba".

Yo siempre he dicho que la "honrada rectitud" casi lírica del Apóstol fué útil porque nada, en aquel período histórico pudo ser más útil que el *Ejemplo*. La misión de Carranza o del que venga, es otra. Una floración de caudillos (Obregón, Villa, Pablo González, etc., comienza a brotar. Hay que saber utilizarlos, aprovechar sus pasiones, humanamente, en vez de desdeñarlas divinamente. Hay que seguir el ejemplo o aprovecharlo.

Es un sueño querer engrandecer a México por los medios que la Argentina. Hay que tomar una gran parte de los sistemas japoneses porque como ahí, la masa es nacional, aborigene. Tierra al hombre, banco agrícola, enseñanza de procedimientos modernos para labrar las tierras, muchos indios bien escogidos a estudiar profesorado a Europa, a los Estados Unidos, al Japón.

Recuerdo que en la escuela primaria pregunté cierta vez a mi profesor porqué Iturbide era considerado por los textos como un traidor. El profesor me contestó: porque se hizo emperador. Y ¿porqué, repuse, Napoleón no es también un traidor?.... Desde entonces, nunca he leído la historia de México sin cierta repugnancia, y en los veinticinco años transcurridos, he venido discutiendo ese punto sin obtener otra explicación que la de aquel maestro deformador de conciencias infantiles.

Pero habiéndose reconstituido en México, a la sombra de la libertad maderista, un partido que por lo menos en cierto momento, prestó su apoyo al traidor Huerta, creyendo quizá por ese medio restaurar los privilegios de los ricos, "El País", picado de audaz oportunismo, solicitó la opinión de varios personajes distinguidos (País, 27 de septiembre de 1913) y publica las siguientes (otras habrá publicado más tarde seguramente, pero no las conozco):

Calero.—Podrá llegarse algún día a un acto de reparación y de justicia, que ponga esa figura olvidada en el puesto prominente que le corresponde en nuestra historia.

Doctor Urrutia.—Creo que la historia, juzgando imparcialmente, depurada la labor de don Agustín de Itur-

bide, autoriza a cualquier gobierno para honrar su memoria.

Esquivel Obregón: (Se sale por la tangente. Es el más marrullero de todos).

Rodolfo.—Debo antes que todo, como mexicano y no como liberal (?) reconocer que consumó la independencia.

Pinedo.—Hace tiempo que he venido pensando en que nuestra escuela liberal comete una gran injusticia desconociendo el mérito de Iturbide como consumidor de nuestra independencia.

He aquí cómo don Francisco Bulnes concluye su libro "La Guerra de Independencia" (edición de "El Diario" 1910.)

“¿Cómo se explica el atentado contra la memoria de Iturbide, denigrándolo en nuestra historia y dirigiendo sobre ella la odiosidad del pueblo? La respuesta es tan bochornosa como fácil, dado el analfabetismo de nuestras masas y su organización tan científica para el servilismo demagógico. El jacobinismo dispone temporalmente de todos los lugares de la historia patria: sin que en frente puedan ponerse los pocos escritores elevados que en México se ocupan de asuntos históricos. Entre nosotros, y desgraciadamente, la historia es una especie de club faccioso, en cuya tribuna dominan los que hacen de la literatura un puñal, de la verdad un delito, de la lógica una ofensa a la nación y de la justicia un vaso de embriaguez, pérfida y degradante. Mientras que el pueblo mexicano, en sus masas sin instrucción ni moral pública, tenga por la demagogia el culto que debía tener por la civilización, no conocerá como debe ser a sus grandes hombres, pues NI SON TODOS LOS QUE ESTAN, NI ESTAN TODOS LOS QUE SON.

No es tiempo de que entre nosotros, la crítica histórica obtenga grandes victorias aplaudidas por la ilustración de nuestras masas. Espero que para el Centenario de 2110, dentro de doscientos años, se habrá reconocido